



TIEMPO DE MEMORIA

Miguel Ángel Villena

BERLANGA

Vida y cine de un creador irreverente

XXXIII PREMIO COMILLAS

TUSQUETS
EDITORES

MIGUEL ÁNGEL VILLENA
BERLANGA
Vida y cine de un creador irreverente

1.ª edición: marzo de 2021

© Miguel Ángel Villena, 2021

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

**FONDO ANTONIO
LÓPEZ LAMADRID**

DE APOYO A LA CREACIÓN LITERARIA

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-713-2
Depósito legal: B. 2.491-2021
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Prólogo	11
1. El mundo visto desde una pastelería	17
2. De la batalla de Teruel al frente ruso	39
3. Una pareja no tan feliz	61
4. Americanos, os recibimos con alegría	79
5. Noviazgos a la vista	93
6. Cine bajo el franquismo, entre la disidencia y la censura	111
7. Siente un pobre a su mesa	131
8. <i>El verdugo</i> , claves de una obra maestra	141
9. Dos pasos en falso hacia el cine comercial	155
10. Las mujeres como obsesión	171
11. De la dictadura a la democracia como esperpento	189
12. Una mirada tragicómica sobre la Guerra Civil	209
13. Gloria y declive de un veterano	225
14. De vuelta a casa, un profeta en su tierra	243
15. Una bicicleta vieja como testamento	259
16. El cineasta sin memoria que siguió en la nuestra	279
Apéndices	
Bibliografía	291
Notas	295
Índice onomástico	305
Agradecimientos	313
Créditos de las fotografías	316
<i>[Fotografías]</i>	<i>[144-145]</i>

El mundo visto desde una pastelería¹



Luis García-Berlanga Martí nació en Valencia en 1921 en una familia de terratenientes agrícolas por parte paterna y de comerciantes por parte materna. Se asomó al mundo tras los mostradores y escaparates de El Postre Martí, una de las pastelerías más famosas de la ciudad, propiedad de la familia de su madre. En la foto, el día de su primera comunión.

Luis García-Berlanga se asomó al mundo desde el mostrador de una pastelería del centro de Valencia. Su madre, una mujer morena y risueña de orígenes turolenses, pertenecía a la familia propietaria del Postre Martí, el mejor establecimiento de repostería de la capital valenciana durante décadas y al que acudían las familias burguesas a comprar fruta confitada, carne de membrillo o golosinas de lujo, como rezaba la publicidad de la pastelería. En un cartel anunciador del Postre Martí aparecía un cocinero orondo que mostraba una suculenta tarta en forma de pirámide. Fundada en 1868 por Tomás Martí, abuelo materno del cineasta, aquella impresionante pastelería, situada en la actual plaza del Ayuntamiento, con amplios escaparates acristalados y hasta una pila de mármol en su interior para que los clientes se lavaran las manos tras degustar los dulces, permaneció abierta hasta los años cincuenta del pasado siglo. No cabe duda de que aquel niño alto, desgarbado y larguirucho, de enormes orejas y ojos azules bien abiertos, de cabello rizado, desarrolló sus dotes de observación en aquella tienda por la que desfilaban gentes de todo tipo, en especial, de esas clases medias y altas que tan magistralmente retrataría más tarde en sus películas.

Si por el lado materno, Luis García-Berlanga Martí, nacido en Valencia el 12 de junio de 1921, procedía de una familia de comerciantes llegados del Bajo Aragón, por el lado paterno descendía de una saga de políticos y terratenientes del vino de las comarcas valencianas del interior. Su abuelo paterno, Fidel García Berlanga (Camporrobles, 1859 – Utiel, 1914), fue sucesivamente alcalde de Utiel, presidente de la Diputación de Valencia y diputado del Partido Liberal-Demócrata, al principio a las órdenes de Práxedes Mateo Sagasta y más tarde en la facción de José Canalejas, por el distrito de Requena-Ayora en tiempos de la Restauración y del turno. En sus memorias, *Bienvenido*

Mister Cagada, el cineasta recuerda: «Mi nacimiento, casero como era siempre en aquella época, fue el 12 de junio de 1921 en Valencia, el mismo día del desastre de Annual en Marruecos. Mientras los moros lo celebraban, mi casa se llenaba de familias de Utiel y Requena, feudo político de mi abuelo y ya de mi padre, en esa fecha; unos venían a celebrar mi nacimiento, los más en busca de posibles víctimas de parientes y amigos, preocupados por lo que les hubiera pasado en aquella terrible batalla». No obstante, Berlanga se equivoca al dar la fecha de la terrible derrota militar de Annual, ya que aquella batalla, en la que murieron entre 7000 y 13.000 soldados españoles, según las distintas fuentes, se produjo el 22 de julio. No sabemos, pues, si Berlanga en las gráficamente subtituladas *Memorias caóticas*, de su *Bienvenido Mister Cagada*, dictadas a su amigo Jesús Franco, o bien no comprobó los datos, o bien jugó con el efectismo de hacer coincidir su nacimiento con un acontecimiento histórico tan relevante que evidenció la crisis del sistema de la Restauración, desprestigió al Ejército y precipitó en septiembre de 1923 el golpe militar de Primo de Rivera. De este modo, Annual representó el episodio más terrible de la guerra de Marruecos para las tropas españolas y desencadenó una oleada de indignación popular contra aquel conflicto. La incompetencia militar del general Silvestre y otros altos mandos, junto a la sagacidad y el conocimiento del terreno de los rebeldes rifeños, liderados por Abd el-Krim, provocaron aquella carnicería. Este desliz en las fechas del director valenciano no es el único que cometió, ni mucho menos. Tanto en sus memorias como en entrevistas periodísticas, Berlanga no se preocupó demasiado de la exactitud de datos, fechas o nombres, como iremos viendo más adelante. Una mezcla de despreocupación y de tendencia a fabular explica los errores en sus recuerdos, a juicio tanto de familiares como de profesionales que trabajaron a sus órdenes.

La figura de su abuelo paterno, el político y empresario vinícola, aún se proyectaba sobre sus descendientes cuando, siete años después de su fallecimiento, Luis García-Berlanga nacía en Valencia en el domicilio familiar de la burguesa y céntrica calle de Sorní. Aquel prócer calvo y de mirada bondadosa, de grandes y abiertas orejas que quizá heredó su nieto, pintado en su retrato oficial como presidente de la Diputación con esmoquin y pajarita, desempeñó un papel esencial a finales del siglo XIX en el desarrollo de aquellas comarcas interiores de Valencia limítrofes con Castilla y de habla castellana. De hecho,

el distrito de Requena-Utiel perteneció a la provincia de Cuenca hasta 1851, cuando los ayuntamientos de la zona solicitaron integrarse en Valencia, básicamente por las posibilidades comerciales que ofrecía una salida al mar para las exportaciones de vino y otros productos agrícolas. Desde la tribuna del Congreso y encuadrado en la bancada liberal, don Fidel logró su mayor éxito político y social al defender la reforma de la Ley de Alcoholes en 1908, que aprobaba la reducción de impuestos sobre el consumo de alcohol vínico y su distinción frente a los industriales. De este modo aumentó la demanda de vinos en un momento en el que el sector atravesaba una crisis por el descenso de las exportaciones a Francia. Aquella intervención convirtió al diputado García Berlanga en un héroe en su distrito electoral, cuya economía dependía casi en exclusiva del vino. Algunas fotos de la época ofrecen testimonio, por ejemplo, del multitudinario recibimiento que le dispensaron sus paisanos en la estación de Utiel a su llegada desde Madrid.

Mitad patriarca y mitad cacique, nacido en el pueblo de Camporrobles en una familia de agricultores acomodados, pero más enriquecido todavía tras su matrimonio en 1883 con María Engracia Pardo Gabaldón, una próspera hacendada utielana, el abuelo García Berlanga tuvo una precoz vocación política. Tras cursar el bachillerato en Requena y licenciarse en Derecho por la Universidad de Valencia, llegó a ser alcalde de Utiel en 1885, su primer cargo público, con apenas veintiséis años, tras su elección por una mayoría de concejales liberales. Más tarde, como buen reformista tuvo clara la decisiva importancia de los transportes para el desarrollo económico y por ello impulsó de un modo especial la construcción de carreteras en la comarca que enlazaran los diferentes pueblos y aldeas con las estaciones de ferrocarril de Requena y Utiel, puntos clave para la exportación de vino, harinas y madera a través del puerto de Valencia. Le correspondió, además, a don Fidel inaugurar en noviembre de 1885, junto a autoridades nacionales y regionales, la línea de ferrocarril Valencia-Utiel, que supuso un notable progreso para la comarca y contribuyó a aumentar la popularidad del joven alcalde. La creación de una estación enológica en Requena también figura en el haber de los logros de don Fidel.

Este triunfador político, que llegó a amasar una pequeña fortuna en viñedos, fincas agrícolas e inmuebles, tuvo cinco hijos con su esposa María Engracia, fallecida en 1894 poco antes de cumplir los

treinta años. Pero, como era muy común en aquellos tiempos, solamente tres sobrevivieron a la infancia: José, Carmen y María. El primero de ellos, ya siendo adulto y por consejo del Partido Liberal, decidió unir con un guion los dos apellidos de su padre en uno solo, una marca electoral, de manera que pudiera rentabilizar la fama alcanzada por su progenitor. En cambio, las dos hermanas, Carmen y María, se apellidaron García Pardo. Así pues, José García-Berlanga Pardo (Utiel, 1886-1952) heredó las vocaciones de su padre y desde bien temprano mostró que aspiraba a seguir sus pasos tanto en la faceta de empresario agrícola como en la carrera política. De esta forma en 1914, con apenas veintiocho años, el joven abogado consiguió un escaño de diputado en el Congreso por la facción liberal de Manuel García Prieto. Sin descuidar sus negocios y ya instalado en Valencia, donde se casó con Amparo Martí Alegre, renovó sus actas de diputado o senador en los frecuentes comicios de aquel periodo, hasta 1923, cuando el general Miguel Primo de Rivera encabezó un golpe militar, con la anuencia del rey Alfonso XIII, y disolvió las Cortes. En la biografía *Luis García-Berlanga*, firmada por Antonio Gómez Rufo, pero escrita en buena parte en primera persona por Berlanga, el cineasta recuerda que su padre fue detenido una temporada durante la dictadura de Primo de Rivera y posteriormente, una vez en libertad, se escondió y pudo exiliarse en París. Pero con un tono muy sarcástico, Berlanga desmitifica aquel exilio y traza un retrato de su padre como un *bon vivant* con mucha cara y poca vergüenza. «En París», relata,

se lo debió pasar en grande, porque yo he encontrado cartas de mi madre en las que decía «Oye, que ya puedes venir, que ya no hay ningún problema...», y las contestaciones de mi padre eran: «Bueno, no me fio, no me fio...». Lo que hacía era dedicarse a ir en barco, a hacer cruceros por el Mediterráneo, mientras manifestaba que no podía volver a España, que era un exiliado político. Los cruceros se los hacía con un amigo suyo, un novelista bastante célebre en la época en el género galante que se llamaba Artemio Precioso.

Más allá de la posterior incorporación a la División Azul para intentar que a su padre le fuera conmutada la pena de muerte dictada por las autoridades franquistas, la figura paterna no tuvo gran ascendiente sobre Berlanga por sus continuas ausencias del hogar familiar

derivadas de su dedicación política, que lo llevaría desde el liberalismo a un republicanismo moderado y burgués. A lo largo de su vida, el cineasta habló poco de su padre, tanto en los ambientes familiares como con sus amigos. No resulta muy aventurado, tampoco, deducir que el profundo desprecio de Berlanga por la política convencional guardaba mucha relación con la trayectoria de su padre.

Por el contrario, la figura de su madre está muy presente en las evocaciones del director de cine en su vejez. Además, cabe añadir la circunstancia nada desdeñable de que Luis García-Berlanga Martí fuera el más pequeño de cuatro hermanos, todos ellos varones: el mayor, nacido en 1915 y bautizado Fidel en homenaje a su famoso abuelo, José (1917) y Fernando (1919). Por ello, la actitud de su madre hacia el pequeño siempre fue especial, como subraya Luis. «Sentía una cierta debilidad por mí y por Fidel, mi hermano mayor», escribe en esas memorias, para añadir: «Yo, que era el pequeño, tenía una especie de bula que consistía en que me lo perdonaba todo, en que no se transformaba en bronca todo lo que hacía».¹ De cualquier modo, calificativos como «rígida, religiosa y vigilante» sirven para definir a la madre a los ojos de su hijo pequeño, que incluso se permitió un guiño un tanto cómico al compararla con su padre. «Nosotros la teníamos un gran respeto, claro», dejó escrito, «en primer lugar por su estructura física: mi padre era bajito y mi madre muy alta, tenía un aspecto que ya de por sí imponía respeto.» Al observar las fotos que se han conservado de aquellos años veinte de la infancia de Luis, no cabe duda de que aquella mujer grandota, con una media sonrisa y que rodea con sus brazos a sus pequeños como si fueran sus polluelos, imponía respeto.

A pesar de su marcha a la capital, la familia de José García-Berlanga Pardo nunca perdió la vinculación con su comarca de origen, donde hoy algunas calles en Utiel, Caudete de las Fuentes, Camporrobles y Venta del Moro, y un cine-teatro en San Antonio de Requena, honran la memoria del célebre abuelo. No obstante, en sus dos libros de memorias el cineasta presta poca atención a su procedencia familiar o a la significación de su abuelo, si bien es cierto que no llegó a conocerlo. De hecho, incluso comete un error en el citado *Bienvenido Mister Cagada* al referirse a su abuelo como senador, un cargo que don Fidel nunca ocupó. Por ello, crecido en un ambiente urbano y burgués, en una capital como Valencia, ya en tránsito para convertirse en una gran ciudad con unos 250.000 habitantes en la década de

los años veinte, no parece que Luis demostrara mucho apego hacia sus antecedentes rurales. A pesar de ello, el imaginario de una comarca agrícola y de la España interior como la de Requena-Utiel, que visitó con frecuencia siendo niño y adolescente durante sus vacaciones, pesó mucho a la hora de plasmar situaciones, personajes y costumbres en películas que retrataron ese mundo rural, desde *Bienvenido*, *Mister Marshall* a *La vaquilla*. Por otra parte, parece indudable que contar con un abuelo y un padre que se dedicaron a la política inclinó al cineasta, por reacción, hacia posiciones de un «anarquista burgués», como solía autodefinirse García-Berlanga, un enemigo declarado de los compromisos políticos. Su propia trayectoria vital, así como su filmografía, pondrán más adelante de manifiesto una actitud irreverente, descreída y muy crítica con el poder y los poderosos.

Pero volvamos a aquel niño que crecía tras el mostrador y los escaparates del Postre Martí en una Valencia donde las familias de casa bien, como los García-Berlanga, ya comenzaban a disponer de aparato de radio y de teléfono, dos inventos que revolucionaron la vida cotidiana en los años veinte. Ahora bien, los avances tecnológicos y una pretendida modernidad de las clases altas no podían ocultar el ya inevitable desmoronamiento del régimen de la Restauración, que había permitido, desde la Constitución de 1876, que se turnaran conservadores y liberales en el poder bajo la atenta mirada de Alfonso XII al principio, la regente María Cristina más tarde y, por último, Alfonso XIII. Por ello, la creciente impopularidad de la guerra en Marruecos, que solo servía para llenar los bolsillos de banqueros y políticos y provocaba continuas manifestaciones de protesta; el terrorismo de la patronal con sus pistoleros y la violencia de sectores del anarquismo con una CNT cada vez más pujante, sobre todo en Cataluña; el acelerado y suicida fraccionamiento de los conservadores y de los liberales, lejos ya las épocas en las que Cánovas del Castillo y Sagasta imponían disciplina en sus respectivas huestes; y, en fin, sucesos como el asesinato en un atentado anarquista del primer ministro conservador Eduardo Dato el 8 de marzo de 1921, en pleno centro de Madrid, abocaban al país a una revolución social o a un golpe de Estado militar. Ocurrió lo segundo. Con toda seguridad, y más de una vez, debió de escuchar Luis en su infancia los temores de sus padres por una situación política que se presentaba desbocada y fuera de control. Pero, entretanto, el matrimonio García-Berlanga y Martí posaba sonriente en las fotos de la década de los veinte, ajenos a las

turbulencias sociales y rodeado de sus cuatro hijos varones, que crecían sanos y fuertes. Bueno, no todos, porque el pequeño Luis era un «mequetrefe enfermizo», según sus propias palabras, al que no le sentaba muy bien el clima tan húmedo de Valencia.

Así las cosas, sus padres deciden en 1929 que abandone el colegio de los jesuitas al que asistía en Valencia con el objetivo de que prosiga sus estudios en un internado en el cantón de Vaud, en la zona francoparlante de Suiza. El propio García-Berlanga nunca se explicó del todo por qué fue a parar a aquel Beau Soleil, un internado que había sido fundado en 1910 y donde pasó más frío que en sus andanzas posteriores por el Báltico o Rusia con la División Azul, según su propia confesión. Problemas pulmonares, en definitiva, llevaron a Luis y a su hermano Fernando hasta Suiza. Lo pasó mal en aquella estricta institución privada, que todavía sigue hoy abierta, lejos de la familia y del agradable clima mediterráneo. Todo apunta más bien a que el Beau Soleil debía de ser un internado con prestigio entre las clases altas españolas, porque el cineasta trabajó amistad allí con Blanca y Yolanda Belmonte, hijas del famoso torero, que se hallaba entonces en la cumbre de su carrera, y que le sirvieron de mensajeras para coquetear con una interna francesa. Las mujeres empezaban a ser ya una fuente de desvelos para aquel niño de apenas ocho o nueve años. En todo caso, no le cayeron muy bien a Luis aquellos estrictos suizos que obligaban a los alumnos a tomar aceite de ricino o los sometían a paseos, casi desnudos, bajo el frío y a la intemperie. Por ello, Berlanga recordaba con gratitud que las hermanas Belmonte le ayudaron a no sentirse extranjero en Suiza. «Es curioso», dejó escrito evocando aquella dura etapa en la que no hay menciones a su hermano Fernando, dos años mayor que él, «cómo los suizos consiguen crear complejo de extranjero a todos los seres humanos e incluso a los vacunos que no pertenecen a la Confederación Helvética.»²

A su regreso a Valencia, con la salud recuperada, el niño Berlanga se da de bruces con la conflictividad de la crisis de la monarquía cuando ya se atisba un horizonte republicano. La capital valenciana todavía está conmocionada por la muerte de su ídolo, Vicente Blasco Ibáñez, en Menton, en la Costa Azul francesa, en 1928, y recuerda con admiración no solamente su carrera literaria, sino también su profunda defensa del republicanismo durante años y, en especial, su actitud beligerante contra la dictadura de Primo de Rivera. Lo bien cierto es que la oposición política y social al régimen militar, que se prolon-

gó entre 1923 y 1930, resultó bastante tibia y, salvo la CNT, los nacionalistas catalanes y algunos intelectuales, el país observó con cierta indiferencia el relevo en la cúpula del poder de unos políticos corruptos y caciquiles por un directorio militar que combinó, a la hora de gobernar, el rancio casticismo de los cuarteles con tímidos intentos de modernización económica. En cualquier caso, Blasco Ibáñez, un escritor de prestigio internacional ya en el declive de su vida, revivió su apasionada juventud de ardores republicanos y se convirtió en uno de los enemigos más encarnizados de Primo de Rivera. En un conocido panfleto titulado *Lo que será la República española*, el polémico, a veces contradictorio y siempre brillante líder de masas que fue Vicente Blasco Ibáñez publicó en 1925 un manifiesto público sobre el papel que debían desempeñar los intelectuales en aquellas horas críticas. «Pudo mantenerse al margen del combate», escribió a modo de vehemente autorretrato,

y, sin embargo, se lanzó a él plenamente convencido de que no iba a ganar nada y, en cambio, iba a perder mucho. Se unió sin vacilar a Miguel de Unamuno, a Eduardo Ortega, que luchaban valerosamente por la dignidad española sin fijarse en si sus nuevos compañeros de combate eran pocos o muchos. Dedicó el resto de su vida a la resurrección de España, al triunfo de la República y solamente tuvo una ambición: ocupar el extremo más avanzado de la primera línea de asalto, donde se reciben los golpes más terribles, donde pueden volverse más directos y certeros.

Como represalia por el panfleto, el Ayuntamiento de Valencia, gobernado por ediles nombrados por la dictadura, arrancó la placa de la calle que la ciudad había dedicado años atrás a su novelista y político más insigne. El nombre de Vicente Blasco Ibáñez quedó así proscrito. Pero el ascendiente de Blasco y del blasquismo republicano en Valencia, que había sido la fuerza política hegemónica durante décadas en el Ayuntamiento, no se había evaporado con el cambio del rótulo de una calle. Miles de personas desfilaron en silencio, y algunas entre lágrimas, ante la fachada de la editorial Prometeo, propiedad del escritor, tras su muerte en su exilio francés de Menton en enero de 1928. De este modo, el duelo por Blasco Ibáñez se convirtió en una de las mayores manifestaciones de masas contra el régimen militar de Primo de Rivera. Con toda seguridad, los ecos de esta mo-

vilización debieron de resonar también en la casa de los García-Berlanga, donde el padre de familia y exdiputado liberal se volcó más en los negocios que en la política durante la dictadura, a la espera de tiempos mejores. Entretanto, su mujer seguía ligada a la próspera pastelería, si bien eran sus hermanos Antonio y Luis quienes más se ocupaban del horno. Curioso personaje este Luis Martí Alegre, muy admirado por su sobrino, que fue pianista de cabarets de Barcelona en su juventud y más tarde compaginó la dedicación empresarial a la pastelería con su vocación de autor teatral de comedias de mediano éxito y tono costumbrista y con la dirección de la película *El fava de Ramonet*, el primer filme que se rodó en valenciano. Esta doble y peculiar condición de comerciante de éxito y de escritor popular aupó al tío materno de Berlanga durante el franquismo a la presidencia de la Caja de Ahorros, la de la Asociación Valenciana, de Caridad y la de la Junta Central Fallera, tres instituciones bien importantes en la Valencia de la época. En suma, Luis Martí se convirtió en uno de los líderes de la ciudad y en un ejemplo de integración de los emigrantes que llegaban a la capital valenciana procedentes de Aragón y de Castilla en su mayoría. De hecho, su vinculación con el mundo de las fallas, una gigantesca red social en Valencia ya en aquellos años, demuestra que la participación en esta multitudinaria fiesta siempre actuó como un claro factor de integración social. No en vano Berlanga definió a su tío como un defensor de «un nacionalismo costumbrista, fallero, mediterráneo, folclórico... Mi tío Luis formaba parte de todo ese tinglado desde una perspectiva conservadora».³ Está claro que Luis Martí Alegre ejerció una gran influencia en la infancia y juventud de su sobrino que perduró en el tiempo.

Luis era apenas un niño en aquellas fechas de la muerte de Blasco Ibáñez y no debió de ser testigo de aquella manifestación. Seguramente observó en primera fila a sus doce años, quizá desde los escaparates de la céntrica pastelería de su madre, la impresionante procesión cívica (entre 300.000 y 400.000 personas llegadas de toda España asistieron al sepelio, según las crónicas periodísticas) que recorrió la ciudad entera acompañando el 29 de octubre de 1933 los restos mortales del novelista, cuya última voluntad había sido ser enterrado en Valencia. La dictadura primorriverista lo impidió, pero el Gobierno de la República no solo autorizó el traslado de los restos de Blasco Ibáñez, sino que varios de sus miembros, encabezados por el presidente Niceto Alcalá-Zamora, marcharon al frente del cortejo fúnebre.

Fue, sin duda, el acontecimiento más multitudinario de los años de la Valencia republicana. El escritor, periodista y político de fama universal se había convertido en un auténtico mito en su tierra. Si los años de infancia y adolescencia resultan tan determinantes en la formación del carácter, de las aficiones y de la forma de ver el mundo, el imaginario de la obra de Luis García-Berlanga se nutre en buena medida de esa Valencia blasquista, fanfarrona y hedonista, autosatisfecha con una huerta que producía tres cosechas al año, genial pero inconstante, amante de los placeres, fenicia y tramposa, alegre y trágica a la vez. Esa Valencia se muestra a las claras en *La barraca* o en *Arroz y tartana*. O en la frase atribuida a Blasco Ibáñez de que la mejor página que había firmado era el cheque millonario que Hollywood le pagó en 1921 por los derechos para el cine de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

De esta manera, el cine de Berlanga no podría entenderse sin ese toque fallero, como suelen escribir sus críticos, un toque que remite a la horterada, la procacidad y la ordinariez más absolutas. Pero, no obstante, al mismo tiempo ese inconfundible estilo Berlanga apela a una filosofía del vitalismo, del *carpe diem*, de exprimir el presente como si fuera el último día de nuestras vidas. De hecho, el humor negro que el cineasta desplegó de modo magistral en muchas de sus películas y que llegó a la excelencia con *El verdugo* no representa otra cosa que el deseo de distraer a la muerte con la risa. O al menos con la sonrisa. Por otra parte, su cine coral está también inspirado en esas infinitas galerías de personajes de las novelas de Blasco, en especial las de tema costumbrista valenciano, por donde desfilan labradores, sirvientas, curas, tenderos, señoritos o revolucionarios, en un ambiente donde el sexo y el dinero marcan las reglas del juego. Todo muy valenciano. O muy mediterráneo si se prefiere. Un intrincado laberinto de pasiones, con el frecuente trasfondo de la lucha por la tierra, define los argumentos de muchas obras de Blasco Ibáñez y la escenografía de esos relatos bascula entre la huerta que rodeaba la capital valenciana y los barrios más representativos de la ciudad como la Lonja y sus alrededores, una zona muy cercana a la casa familiar de Berlanga, en la calle Barcelonina. Algunos historiadores sostienen con mucha razón que la Lonja, un elegante edificio del gótico civil del siglo XV, explica como ningún otro la idiosincrasia de una ciudad como Valencia, pagana y descreída, que se ha movido siempre a partir del comercio. La Lonja se alza como un templo fenicio, más de-

cisivo para el devenir de la ciudad, por supuesto, que la cercana catedral. En definitiva, ese bullicio de los mercados, esa algarabía de voces que se cruzan, ese entrar y salir constante de personajes o esa descarnada promiscuidad social resuenan como señas de identidad en toda la filmografía de Berlanga. Todavía hoy, una visita sin prisas al mercado central de la ciudad evocaría para cualquier cinéfilo atento los planos secuencia de las películas berlanguianas.

Como escribió Rafael Alberti refiriéndose a su generación, también la de Berlanga, había crecido ya con Buster Keaton y con el cinematógrafo. A finales de los años veinte y, sobre todo, tras la implantación del sonoro en la década siguiente, el cine dejó de ser un espectáculo para chiquillos que era proyectado en barracones de feria. Por ello, empresarios avispados, que intuían el espléndido futuro del nuevo medio, comenzaron a construir locales para las proyecciones. De este modo, una ciudad como Valencia, que ya ha alcanzado una población de 300.000 habitantes en 1930, cuenta por esas fechas con media docena de salas de cinematógrafo, como Benlliure, Marina, Sorolla o El Cid, a las que cabía añadir incluso algunos teatros, como el Lírico o el Olimpia, que aprovechaban los huecos entre las representaciones para proyectar películas. Luis crece, por tanto, en una ciudad de larga tradición teatral que se va sumando poco a poco a la fiebre del cine. Ahora bien, la magia del cine no fue la única sorpresa tecnológica para los niños de los años veinte, porque dos grandes inventos iban a cambiar sus vidas y las de las siguientes generaciones: el avión y la radio. Acostumbrados ya los habitantes de las grandes ciudades a la proliferación de coches y a los incipientes problemas de tráfico, el asombro se trasladó a los cielos, donde los primeros servicios regulares de pasajeros coincidían con exhibiciones de avionetas o de globos para los aficionados más intrépidos. En cuanto a la radio, la primera emisora estable en Valencia empezó a emitir en 1931 con el nombre de Radio Grao, más tarde convertida en Radio Valencia.

En ese ambiente de un mundo en transformación y a su regreso del internado en Suiza en 1931, Berlanga se reintegra al colegio de los jesuitas en Valencia, donde comienza a dar señales de convertirse en un chaval gamberro e irreverente, mimado en su casa y poco dispuesto a aceptar la férrea disciplina de los curas. Un día llena de pintadas

las paredes de los retretes y otro día orina en una papelera del aula porque el profesor no le ha dado permiso para ir al lavabo. Entre la realidad de un niño de salud algo delicada y la pantomima de quejarse de problemas de estómago, Luis consigue asistir como medio-pensionista a los jesuitas, mientras sus tres hermanos están en régimen de internos en el colegio. Pero hasta tal punto llega la insubordinación del pequeño Berlanga que los curas le abren un expediente de expulsión. «Pero no pasó de ahí la cosa», recuerda en sus memorias con mucha sorna, «y seguí en el colegio hasta que los expulsados fueron los jesuitas.»⁴

En efecto, el 23 de enero de 1932, con Manuel Azaña como jefe del Gobierno, la República decidió la disolución en territorio español de la Compañía de Jesús y la incautación por parte del Estado de todos sus bienes. La radical medida se basaba en el artículo 26 de la Constitución republicana, que declaraba disueltas aquellas órdenes que, además de los tres votos canónicos, tuvieran otro de especial obediencia a una autoridad distinta de la legítima del Estado. En el caso de los jesuitas, al Papa.

Paradojas de la vida y como curiosa e inesperada derivación para un alumno de once años, esta resolución de alta política ejerció una influencia decisiva en la educación sentimental de Berlanga. Veamos por qué. El propio cineasta ha relatado que algunos jesuitas valencianos que no habían podido salir de España organizaron de forma clandestina unas clases para los estudiantes del clausurado colegio. Así pues, los curas se instalaron en un centro para niñas, el colegio de Loreto, y a pesar de asistir a aulas separadas, la convivencia entre sexos de los adolescentes, en plena edad del pavo, acercó a Luis por primera vez a las fantasías sobre las mujeres. Este párrafo de sus memorias resulta bien significativo de su despertar sexual:

Vivíamos dentro de un olfato, de un ambiente femenino, estábamos en un recinto que se había creado para la feminidad y todo lo que es ese mundo, ya de por sí un poco morboso, de las monjas y de las colegialas, que han sido siempre el cenit de la feminización, de todo lo que uno aspira a conquistar y a seducir. Y a mí me parece que aquella temporada [que duró apenas dieciséis meses] fue mi gran época enfebrecida, no solo física sino mentalmente, por pensar que estaba al mismo nivel y contacto, piel a piel, con las colegialas.⁵

Aquel chaval, entre niño y adolescente, ya experimentó el morbo, una palabra muy reveladora y a la vez difícil de definir, en las relaciones con las mujeres. El fetichismo, entonces focalizado en las monjas y las colegialas, ya estaba presente por tanto en el universo berlanguiano. En paralelo a sus fantasías sexuales, Luis se vio obligado a peregrinar en los años republicanos por varias academias mientras se iba transformando en el típico chulo de pandilla de cara al exterior; y en un voraz lector, aficionado al dibujo e incluso aspirante a poeta en la intimidad. Berlanga comienza a sufrir esos males de amores tan propios de la adolescencia en un país que vive la efervescencia republicana y en una familia donde la política está muy presente a través de un padre con escaño en el Congreso de los Diputados. El primer mal de amores, según testimonio del cineasta, tuvo como protagonista a una compañera de la academia Cabanilles, un centro mixto en los años republicanos, de nombre María Pilar Mariscal. Este romance quedó reducido a un idilio adolescente con la que, con el paso de los años, sería la madre del diseñador Javier Mariscal, quien adoptó como nombre artístico el apellido de su madre.⁶

Mientras Berlanga fabulaba con las chicas, el cambio de régimen apoyado por una mayoría aplastante (el 71 por ciento de los electores valencianos votaron las candidaturas republicanas en las municipales de abril de 1931) llenó de entusiasmo las calles de Valencia durante los meses siguientes, a pesar de que las nuevas autoridades eran muy conscientes de la dificultad de abordar reformas sociales a fondo y de vencer las resistencias de las clases dominantes. No obstante, contra lo que pronosticaron los agoreros del antiguo régimen, aquella ilusión colectiva, aquel despertar de las masas de «trabajadores de todas clases», como rezaba el preámbulo de la Constitución republicana, no derivaron salvo excepciones en episodios de violencia. Los historiadores han acreditado que la vida discurrió de manera normal y pacífica en la Valencia republicana, hasta el extremo de que se registraron menos disturbios que en la década blasquista de principios de siglo o en el llamado trienio bolchevique entre 1918 y 1920. Sin embargo, el hogar García-Berlanga y Martí se veía sacudido por los vaivenes de la militancia política del padre, que fue elegido diputado por el Partido de Unión Republicana Autonomista (PURA) tanto en las elecciones de 1931 como en las de 1933. Después de sus años de militancia liberal y tras el paréntesis del régimen militar de Primo de Rivera, el abogado José García-Berlanga había retomado plenamente

su dedicación a la política, pero ahora en las filas de esa formación regionalista de centro-derecha, heredera en parte del blasquismo, que en los años republicanos se fue decantando hacia posiciones cada vez más conservadoras. En suma, la deriva derechista del PURA condenó a este partido a una práctica desaparición. Pero don José García-Berlanga tenía una capacidad asombrosa para flotar como el corcho en política, y en aquellas decisivas elecciones revalidó su escaño por la Unión Republicana de Diego Martínez Barrio, un partido de centro republicano, encuadrado en el Frente Popular y al que se había afiliado el político valenciano.

En aquellos convulsos años Valencia bullía de actividad cultural en una palpable demostración de que los intelectuales respaldaban a la República. Revistas literarias como *La República de les Lletres*, *Orto* o *Nueva Cultura*, esta última impulsada entre otros por el pintor y cartelista Josep Renau, agitaban las conciencias en un empeño liberador. «Hay que ganar una vida nueva, una nueva cultura. Nuestra humilde hoja, mínima isla en el archipiélago de las publicaciones revolucionarias, es un pañuelo que saluda a los trabajadores españoles hacia la nueva sociedad común, justa y creadora.» De esta manera se expresaba un editorial de *Nueva Cultura*. Pero en paralelo, mientras artistas y escritores se alineaban con la clase obrera, los jóvenes católicos recorrían los pueblos para trasladar a la gente a un mitin de José María Gil Robles, líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), y de Luis Lucia (DRV), que congregó en 1935 a decenas de miles de personas en el campo de fútbol de Mestalla. La polarización social y los enfrentamientos, en ocasiones violentos, entre los bloques de la derecha y la izquierda estaban a la orden del día y en el horizonte comenzaban a escucharse tambores de guerra.

Mientras se gestaba la tragedia, Berlanga repartía su tiempo entre las clases en las academias, los amigos y las visitas a la pastelería de su familia materna para merendar con su pandilla. Según su propia confesión, fue en aquella época un niño solitario que se entretenía dibujando o inventando juegos o escribiendo poesías, acomplejado por los granos del acné e impresionado por la película *El hombre invisible*, dirigida en 1933 por James Whale, un especialista en el género de terror que había realizado *Frankenstein* dos años antes. Como tantos otros adolescentes, Luis sentía en ocasiones una ansiedad por desaparecer, por no ser visto con su cara marcada por el acné. «De esa época, de ese deseo», relata en sus memorias, «ha quedado el que

la popularidad me inquiete y me agarrote, que me sienta incómodo con ella.»⁷ El cineasta no dio más detalles de la impresión que le causó *El hombre invisible*, adaptación de una novela de H.G. Wells que trata, como su título indica, de un hombre con la facultad de hacerse invisible, que el jovencito Luis debió de visionar en alguna de las salas de Valencia antes citadas. Pero esta referencia cinematográfica ya nos indica la temprana afición de Berlanga por las películas, en unos años en que empieza a implantarse el cine sonoro. Los años republicanos coinciden con un auge del cine, que poco a poco desbancará al teatro en las preferencias de ocio y cultura de una mayoría de la población, deslumbrada por las superproducciones que llegaban de Hollywood. Otra película que impresionó, «por la belleza de sus imágenes», al cineasta en su adolescencia fue *Don Quijote* (1933), de Georg W. Pabst, una versión coral de la novela de Cervantes con el cantante de ópera Fiódor Chaliapin como protagonista y de la que se filmaron versiones en alemán, inglés y francés. Berlanga vio en Valencia esta película y su deslumbramiento fue tal que en varias ocasiones revelaría que su visión lo decantó hacia el cine como profesión y, por tanto, a matricularse años más tarde en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas (IIEC).

Sorprende que un régimen tan modernizador como el de la Segunda República no prestara apenas atención al cine como un arma de cultura popular. Ni en la tarea legislativa, ni en el impulso de las producciones ni en el contenido de los guiones mostraron los nuevos gobernantes sensibilidad hacia el cine. Tan solo un puñado de cintas, en especial *Fermín Galán*, un filme dirigido por Fernando Roldán sobre el capitán que se sublevó en la guarnición de Jaca contra la monarquía en diciembre de 1930 y fue fusilado por ello, puede encuadrarse en la categoría de cine político. Es probable como causa de este desinterés que los principales dirigentes republicanos, todos ellos de edades más bien avanzadas cuando llegaron al poder, todavía siguieran considerando el cine como un espectáculo de feria más que como una manifestación artística de primer orden. A modo de ejemplo, un político tan culto como Manuel Azaña, apasionado del arte y muy aficionado al teatro, no dedica ni una sola línea al cine en sus extensos *Diarios*, que están plagados de referencias culturales.

La industria del cine sonoro en España estuvo marcada por una bicefalia entre Madrid y Barcelona en aquel periodo y por un incremento notable de las producciones, que pasaron de seis en 1932 a

treinta y siete en 1935. Poca política, como hemos comentado, pero mucha comedia musical, rancio costumbrismo, historias románticas y dramas rurales ocuparon a los directores españoles, sobre todo a Benito Perojo y Florián Rey, en títulos que alcanzaron mucha popularidad como *Rumbo a El Cairo* y *La verbena de la Paloma*, del primero de ellos; o *Nobleza baturra* y *La hermana San Sulpicio*, del segundo. A diferencia de los años anteriores, con el Gobierno del Frente Popular, a partir de febrero de 1936 se activó cierta politización del cine español, como demuestra el encargo a Perojo, más liberal que otros colegas, de una versión cinematográfica de la obra teatral *Nuestra Natacha*, del dramaturgo Alejandro Casona. Basada en un argumento que postulaba la reforma pedagógica y defendía la liberación de la juventud, *Nuestra Natacha* nunca llegó a estrenarse, fue incautada por las autoridades franquistas y más tarde destruida en un incendio. Fue el triste destino de un cine comprometido que pudo haber prosperado si no se hubiera producido la sublevación militar. Curiosamente, Benito Perojo, que derivó hacia tareas de producción tras la Guerra Civil, se cruzaría más tarde en la trayectoria de Berlanga al encargarle la dirección de *Novio a la vista* (1953). En cualquier caso, los éxitos del cine español en los años treinta permitieron también la aparición de un modesto *star system* de intérpretes, con nombres como Imperio Argentina, Miguel Ligeró, Rosita Díaz Gimeno o Ricardo Núñez a la cabeza. Aquella década fue el periodo en que el cine se convirtió en el espectáculo preferido de la población española, fascinada por las películas que llegaban de la gran fábrica de sueños de Hollywood, con actores como Clark Gable, Cary Grant, Tyrone Power o Fred MacMurray, y con actrices como Katharine Hepburn, Bette Davis o Greta Garbo. Quedaban ya atrás los mitos del cine mudo como Rodolfo Valentino o Mary Pickford, intérpretes de filmes proyectados con subtítulos y con música en directo interpretada por un pianista. Así las cosas, desde los años treinta el cine ocupará ya el lugar preferente en la cultura de masas.

Pero la mayor revolución en el cine español de esa época tuvo lugar precisamente en la Valencia de un adolescente Luis García-Berlanga con la constitución en 1932 de la Compañía Industrial Film Española SA (Cifesa), una productora que sería hegemónica en el sector durante las décadas siguientes. Fundada por la familia Trénor, pero gestionada por los Casanova, dos de las sagas más influyentes en la ciudad, Cifesa despegó cuando consiguió en el verano de 1933

la exclusiva de distribución para España de la Columbia Pictures. Apenas un año después, Florián Rey convenció a los Casanova (entre ellos a Luis, que sería presidente del Valencia C.F. entre 1940 y 1959) para implicarse en la producción de *La hermana San Sulpicio*, que convirtió a Imperio Argentina en una estrella y generó muy buenos ingresos de taquilla. Hasta el estallido de la guerra, Cifesa produjo una docena de largometrajes y veinticuatro cortos y, desde su casa matriz en Valencia, abrió sucursales en Madrid, Barcelona, Palma, Bilbao y Las Palmas. O sea, un auténtico emporio para la época. Sus responsables, de perfil conservador, supieron sortear después la división bélica de España entre 1936 y 1939 al mantener abiertas tres sedes: dos en la zona republicana (Madrid y Valencia) y una en territorio franquista (Sevilla). Alternando las películas documentales de propaganda para ambos bandos con la realización de filmes de ficción y combinando la producción con la distribución, Cifesa sobrevivió al conflicto y vivió más tarde su etapa de esplendor en la posguerra, muy favorecida por las medidas proteccionistas hacia el cine español que aprobó el régimen franquista. Entre esas nuevas normas se encontraban la creación de un llamado crédito sindical, los premios a la calidad y, en suma, la importancia que se concedía a la producción nacional frente a la importación, lo que permitió a Cifesa llegar a producir una media anual de cuatro películas españolas durante la década de los cuarenta.

En aquellos años republicanos, Luis García-Berlanga lleva una vida de señorito burgués, con amistades que va consolidando, como la de José Luis Colina (fallecido en 1997 a los setenta y cinco años), que se convertiría más tarde en uno de los fundadores de TVE, guionista de diversos filmes, entre ellos, de *Novio a la vista*, y en una de las personas más cercanas al cineasta. En fin, como adolescentes de buenas familias, los miembros de la pandilla se preocupan más bien poco por sus estudios y gastan el tiempo en gamberradas, bromas y juergas mientras fantasean con las mujeres y realizan sus primeras incursiones en el mundo de los prostíbulos. Pero con la política muy presente en casa a través de su padre, el pequeño de la familia empieza a interesarse también por las ideologías con un galimatías mental que combina amigos anarquistas y falangistas o la admiración por políticos tan dispares y alejados entre sí como el dirigente del PSOE Indalecio Prieto y el líder de la Falange, José Antonio Primo de Rivera. Esa ambigüedad en la política o ese pasotismo descreído hacia los guber-

nantes ya serán una constante en la vida de Berlanga, que reivindicará siempre una suerte de anarquismo burgués, al tiempo que rechazará los totalitarismos, bien sea la dictadura franquista o el comunismo ortodoxo que encarnará más tarde su colega Juan Antonio Bardem. El propio Berlanga, en una confesión muy realista, reconoce en sus memorias que era una simbiosis muy extraña su identificación con un anarquismo libre junto a su respeto por figuras de extrema derecha como José Antonio o Ramiro Ledesma Ramos.

Mientras el adolescente intenta aclarar sus ideas, el 18 de julio de 1936 se consuma con éxito la conspiración militar contra la República y un sector mayoritario del Ejército, con el apoyo de la derecha social y política, se levanta en armas contra el régimen democrático. Las noticias sobre la sublevación debieron de escucharlas los García-Berlanga en su comarca de Requena-Utiel, donde solían pasar temporadas de verano en los dominios familiares. De hecho, el padre de familia se hallaba en La Pesquera, un pueblecito de Cuenca, limítrofe con la provincia de Valencia, y sus pasados enfrentamientos con los anarquistas de la zona aconsejaron escapar a Valencia. Su sobrino nieto Luis Duyos relata de este modo ese episodio: «Cuenca y Valencia caen en la zona republicana. Pero el abuelo Pepe teme por su vida y tiene que huir disfrazado y montado en un burro; llega al puerto de Valencia, se traslada a Tánger y pasa la guerra en casa de mis padres». ⁸ Sus padres eran el médico y poeta Rafael Duyos, en aquellas fechas director del hospital español de Tánger, y María del Carmen García, prima de Luis, pero considerada como una hermana más por la familia, ya que se había criado con los García-Berlanga Martí al quedar huérfana siendo una niña. El padre del cineasta permanecería en la ciudad norteafricana los tres años del conflicto.

Durante las primeras semanas de la contienda se configuraron en Valencia y en la mayor parte de la zona republicana dos poderes paralelos: de un lado, las autoridades civiles y elegidas, y, de otro lado, los comités surgidos de los sindicatos UGT y CNT y de otras organizaciones de masas. Este doble poder, con fuertes disputas y disensiones en las propias filas republicanas, explicaría que el padre de Berlanga, diputado de Unión Republicana, un partido de centro encuadrado en el Frente Popular, fuera hostigado por los anarquistas hasta el punto de verse obligado a huir. El joven Luis, que acababa de cumplir quince años cuando estalló la Guerra Civil, debió de escuchar los ecos de aquellas semanas convulsas en las que algunos faná-

ticos justicieros se tomaron la justicia por su mano. Bajo la siniestra expresión de «dar el paseo», los sectores izquierdistas más radicales de Valencia llegaron a ejecutar a doscientas cincuenta personas en una sola noche en la carretera de El Saler. Fue el 30 de septiembre de 1936.⁹ A Berlanga no le afectaron especialmente aquellas trágicas circunstancias y lo deja bien claro en sus memorias. «A pesar de todos los follones familiares», escribió, «de las persecuciones y todo eso, para mí fueron las vacaciones más maravillosas del mundo. Me divertí, viví muy bien y me intelectualicé, porque es cuando me dio por leer, por robar libros en las librerías, porque yo quería ser arquitecto y robaba todos los libros de Arquitectura que podía.»¹⁰ El cineasta señala incluso, en tono de broma, que Jaime Camino le robó muchos años después el título de una película que Berlanga hubiera deseado filmar: *Las largas vacaciones del 36*. Pero aquello que comenzó como un paréntesis en su vida estudiantil, iba a derivar en un drama personal y familiar tras otro en los años siguientes. Al frívolo jovencito le aguardaban años de penalidades, guerras y pérdidas.